y vuelta la espalda al monte Pellegrino. El cabo y los nueve hombres retrocedieron hasta hallarse á diez pies de él: entonces se oyó la voz de alto y se detuvieron.

Al punto el reo, en medio de ese silencio profundo, religioso, solemne, que se cierne siempre por encima de las cosas supremas, mandó cargar con una voz tranquila, firme, perfectamente entendida por aquellos á quienes mandaba.

A la voz de ¡fuego! cayó atravesado por siete balas, sin decir una palabra, sin exhalar un suspiro; habia muerto con valor.

Los napolitanos arrojaron un grito de triunfo: el honor nacional se habia salvado.

Los sicilianos se retiraron con la cabeza baja y profundamente humillados de que un napolitano pudiese morir así.

En cuanto al sacerdote, su perjurio era un negocio que quedó para arreglarse entre Dios y él.

Sin embargo, ese grande odio entre los dos pueblos habia disminuido un poco en los últimos tiempos. Hablo de los años de 1833, 1834 y 1835. El rey de Nápoles, cuando su advenimiento al trono, habia ido á Sicilia, precediendo su llegada á Messina el perdon de veinte reos políticos; así cuando puso el pie en el muelle, los veinte agraciados le esperaban vestidos de largas túnicas blancas y llevando cada uno una palma en la mano. El carruage que debia conducir al rey á palacio, fué desenganchado entonces y el rey llevado en triunfo en medio del entusiasmo general.

Algun tiempo despues acabó de colmar las esperanzas de los sicilianos, enviando su hermano á Palermo con la categoría de virey.

El conde de Siracusa no solo era un jóven sino casi un niño; tenia, me parece, diez y ocho años escasos. Al principio tan corta edad alarmó á sus súbditos; algunas travesuras aumentaron las inquietudes; pero muy pronto con el manejo de los negocios, el niño se hizo hombre y comprendió la alta mision que debia llenar reconciliando Nápoles y Palermo; entrevió para aquella pobre Sicilia arruinada, abatida y esclavizada, un renacimiento social y artístico. Dos años despues de su llegada, la isla respiró como si saliese de un sueño de hierro. El jóven príncipe habia llegado á ser el ídolo de los sicilianos.

Pero sucedió lo que sucede siempre en semejantes circunstancias: los hombres que vivian del desórden, de la ruina y del abatimiento de la Sicilia, vieron que su reinado habia concluido si continuaba el del príncipe. La bondad natural del virey se convertia en su boca en un cálculo de ambicion, el reconocimiento del pueblo en una tendencia á la revolucion. El rey, rodeado, engañado, importunado, concibió sospechas sobre la fidelidad política de su hermano.

En esto llegó el carnaval. El conde de Siracusa, jóven, buena figura, amante del placer, estaba en todas las fiestas, y aprovechaba con ardor las ocasiones en que se le proporcionaban. Napolitano, y por consecuencia acostumbrado á un carnaval animado y bullicioso, organizó una magnífica cabalgata en la que escogió el trage de Ricardo Corazon de Leon, é invitó á todos los señores sicilianos que quisieran complacerle á repartirse los demas papeles de la novela de Ivanhoë. El conde de Siracusa todavía no habia caido en desgracia, por tanto se apresuraron á corresponder á su invitacion. La cabalgata fué tan magnífica, que el rumor de ella llegó hasta Nápoles.

—¿Y cómo iba disfrazado mi hermano? preguntó el rey.

—Señor, respondió el portador de la noticia, S. A. R. el conde de Siracusa representaba á Ricardo Corazon de Leon.

—¡Ah! Si, si, murmuró el rey; él Ricardo Corazon de Leon, y yo Juan sin Tierra! comprendo.

Ocho dias despues el conde de Siracusa era llamado.

Aquella desgracia le habia dado nueva popularidad en Sicilia, donde todos, habiéndole observado de cerca, hacian justicia á sus intenciones, y nadie sospechaba en él el crímen de que se le habia acusado cerca de su hermano.

Por su parte el rey Fernando, sabiendo que habia perdido por aquel acto una parte de su popularidad en Sicilia, se disgustó de sus súbditos insulares. Por la primera vez desde su advenimiento al trono dejaba pasar la fiesta de Santa Rosalia, sin acudir ó asistir en la catedral á la misa solemne que en esta época se celebra.

He aquí en qué estado hallé yo la Sicilia, sin que sus preocupaciones políticas estorbasen, sin embargo, de un modo visible, su propension al placer.

El Corso duró hasta las dos. A las dos de la madrugada nos volvimos en medio de las iluminaciones medio apagadas, y de las serenatas medio concluidas.

A las nueve de la mañana siguiente llamaron á mi puerta. Llamé al mozo de la fonda, que entró por una escalera particular.

—Abrid las ventanas, y ved quien llama, le dije.

Obedeció, y entreabriendo la puerta:

—Es il signor Mercurio, me dijo despues de mirar, y volviéndose hácia mí.

—Decidle que estoy en cama, respondí algo impacientado por aquella insistencia.

—Dice que aguardará á que os levanteis, respondió el criado.

—Entonces decidle que estoy enfermo.

—Dice que quiere saber qué enfermedad teneis.

—Decidle que jaqueca.

—Dice que quiere proponeros un remedio infalible.

—Decidle que estoy acabando.

—Dice que quiere daros su último adios.

—Decidle que he muerto.

—Dice que quiere echaros agua bendita.

—Entonces hacedle entrar.

Il signor Mercurio entró con un surtido de pipas de Tunez, una coleccion de productos sulfurosos de las islas Eolias, una porcion de lava de Sicilia, y en fin, una partida, como se dice en términos de comercio, de cintas de Messina, colocado todo en equilibrio sobre su cabeza, pendiente de sus manos, ó rodeado á su cuello. No pude menos de reirme.

—¡Ah, ya! le dije, ¿sabeis, señor Mercurio, que teneis un gran talento para forzar las puertas?

—Ese es mi elemento; escelencia.

—¿Y os sale bien siempre?

—Siempre.

—Pero, ¿y en las casas donde se resisten?

—Entro por el balcon, por la chimenea, por el agujero de la cerradura.

—¿Y una vez dentro?

—¡Oh! una vez dentro, voy á mi negocio, y obro en consecuencia.

—Pero ¿y á los que, como yo, no quieran comprar nada?

—Siempre les vendo alguna cosa, aunque con vuestra escelencia no quiero tener secretos. Estas pipas, estas curiosidades, estas cintas, toda esta ropa, en fin, no es mas que un pretesto; pero mi verdadera profesion, escelencia.....

—Si, si, la conozco; pero ya os he dicho que no tengo nada que ver con eso.

—Entonces, escelencia, ved estas pipas

—No fumo.

—Ved estas cintas.

—Tengo seis.

—Ved estos pedacitos de azufre.

—No soy comerciante de pajuelas.

—Ved estos trabajitos de lava.

—No me gustan mas que las obras chinescas.

—¿Os venderé alguna cosa?

—Si, si quereis.

—Siempre quiero, escelencia.

—Véndeme una historia; por tu oficio debes saberlas divertidas.

—Id á pedir eso á los confesores de los conventos.

—¿Por qué me remites á ellos?

—Porque la discrecion constituye mi crédito y no quiero perderle.

—Así, pues, ¿no teneis ninguna historia que contarme?

—Si tal, tengo una.

—¿Cuál?

—Tengo la mia: como me pertenece, puedo disponer de ella. ¿La quereis?

—Desde luego, hecho, debe ser bastante curiosa: te doy dos duros por tu historia.

—Debo prevenir á vuestra escelencia, que no es el primero á quien la refiero.

—¿Y cuántas veces la has contado ya?

—Una vez á un inglés, otra á un aleman, y dos á franceses.

—¿Tienes la misma conciencia en todos tus incidentes, signor Mercurio?

—La misma, escelencia.

—Entonces, como eres un hombre precioso, no rebajaré nada de lo que he dicho; he aquí tus dos duros.

—¿Antes de tener la historia?

—Confio en ti.

—¡Oh! si vuestra escelencia quiere honrarme con una confianza semejante respecto á....

—La historia, signor Mercurio, la historia.

—Hela aquí, escelencia.

Salté fuera del lecho, me puse un pantalon, me calcé las chinelas, me senté á una mesa, donde acababan de servirme huevos frescos y té, he hice seña á Mercurio de que ya era todo oidos.

GELSOMINA.

El signor Mercurio habia nacido en la aldea de Carini, y esperaba que en conmemoracion del honor que reportaba á aquella aldea haber dado nacimiento á un hombre tal como él, le erigiria despues de su muerte, sobre la montaña que la domina, una estátua del tamaño de la de San Cárlos Borromeo en Arona.

Era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, aunque sus cabellos tordos y su barba sembrada de pelos argentinos, pudieran hacer calcular que tenia de cuarenta y cinco á cincuenta; pero, como él mismo decia, aquellas señales de vejez prematura eran debidas mucho menos á la edad que á la fatiga del espíritu y al trabajo de la imaginacion. Era en efecto un oficio muy trabajoso y que exigia una contínua tension del pensamiento, el que ejercia desde su juventud; decimos desde su juventud, porque la condicion que habia abrazado era el resultado, no de una sugestion estraña, sino de una vocacion personal.

A los veinte y cinco años il signor Mercurio era un buen mozo, gozaba ya una reputacion merecida en toda la Sicilia, aunque se llamase todavía simplemente Gabriello, del nombre del ángel Gabriel, á quien su madre habia tenido una devocion enteramente especial durante su embarazo: así tenia la pretension de que mas de una gran dama habia sentido alguna vez que no presentase por su cuenta las declaraciones que hacia por cuenta de otro.

Un dia, era el de las fiestas de Santa Rosalia, el príncipe de G... le envió á llamar. Como el príncipe de G... era uno de los mejores

parroquianos de Gabriello, éste se apresuró á ir al palacio: apenas llegó fué introducido.

—Gabriello, le dijo el príncipe dejando á un lado todo circunloquio inútil y entrando de pronto en la materia, habia ayer en el carro de Santa Rosalía una jovencita de diez y seis años, sobre poco mas ó menos, bella como un ángel, de hermosos ojos y cabellos magníficos. ¿No podrias decirla dos palabras de mi parte?

—Cuatro, escelencia, respondió Gabriello; pero describidme algo mas la persona á quien debo dirigirme. ¿Dónde estaba colocada? ¿Estaba entre los ángeles que llevan las guirnaldas en el primer piso, ó entre los que tocan la trompeta en el segundo?

—Querido, no puede haber equivocacion: era la que representaba la Honestidad, que tenia una lanza en la mano derecha y un broquel en la izquierda, y estaba de pie detrás del cardenal.

—¡Diamine! escelencia, no teneis mal gusto.

—¿La conoces?

—Conozco á todas las mugeres de Palermo.

—¿Quién es?

—La hija única del viejo Mario Capelli.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Gelsomina.

—Pues bien, Gabriello, quiero á Gelsomina.

—Será cosa larga, escelencia, será caro.

—¿Cuántos dias?

—Ocho.

—¿Cuántos ducados?

—Cincuenta.

—Sean los ocho dias y los cincuenta ducados. Estamos hoy á 19 de julio; te espero el 27.

Y el príncipe, que sabia se podia descansar sobre la exactitud de Gabriello, esperó tranquilamente el momento fijado.

El mismo dia puso Gabriello manos á la obra: su primera visita fué para el capuchino que confesaba á Gelsomina, que se llamaba fray Leonardo.

Era un anciano de setenta y cinco años, de blanca barba y fisonomía severa; de modo que Gabriello, antes de abrir la boca, conoció que la negociacion emprendida era mas difícil de llevarla á cabo que habia creido. Le dijo que iba á nombre de un tio de la jóven que teniendo bienes queria mejorarla, si lo que se decia de su virtud era cierto. El resultado de los informes dados por el capuchino, fué que Gelsomina era un ángel.

Por lo demas, como es siempre por ahí por donde empiezan los confesores, Gabriello no se inquietó mucho por los malos informes que éste le habia dado de Gelsomina. Se disfrazó de judío, tomó las alhajas mas bonitas que pudo procurarse, compuso con ellas una especie de estuche, y en un momento en que el anciano Mario estaba fuera, entró en la casa de la jóven para ofrecerle sus mercancías. En cuanto Gelsomina supo que era pedrería lo que iba á enseñarle, rehusó hasta el verlas, diciendo que no era bastante rica para desear semejantes cosas. Gabriello la dijo entonces que cuando se tenian diez y seis años, y siendo bella como ella lo era, podia desearse todo y tenerse todo; dichas estas palabras, abrió el cofrecito y puso ante sus ojos bastantes diamantes para trastornar la cabeza á una santa; pero Gelsomina apenas miró al estuche, y como Gabriello insistiese, entró en la habitacion inmediata, y volvió á salir un instante despues con una corona de jazmines y siempre-vivas. Mirándose con coquetería en un espejo:

—Mirad, dijo, aquí teneis mis diamantes, Gaëtano dice que estoy bella con esto, y mientras él me encuentre bella así, no desearé otra cosa. Ahora mi padre va á volver, acaso encuentre mal hecho que yo os haya recibido en su ausencia; así, creedme, retiraos.

Gabriello no insistió; para la primera visita no queria espantarla. Por otra parte, sabia lo que deseaba saber: Gelsomina no era coqueta, y amaba á un jóven llamado Gaëtano.

Volvió á casa del príncipe de G...

—Escelencia, le dijo, vengo de ver á Gelsomina; es mas difícil y mas cara que lo que creia, necesito quince dias y cien ducados.

—Toma el tiempo y la plata que quieras, pero consíguelo; eso es todo lo que pido.

—Lo conseguiré, escelencia.

—¿Puedo contar con ella?

—Como si la tuviéseis, monseñor.

Gabriello conocia bastante su sociedad para comprender que cerca de la jóven nada tenia que hacer. Tomó, pues, otro rumbo.

Tratábase de descubrir al señor Gaëtano. La cosa no era difícil: Gabriello alquiló una habitacioncita del primer piso en la casa situada frente á la que habitaba Gelsomina, y aquella misma noche se puso de centinela detrás de la celosía.

A medida que la hora avanzaba, la calle quedaba mas y mas desierta. A media noche estaba completamente solitaria; á las doce y media un moceton pasó y volvió á pasar muchas veces; por fin, viendo que todo estaba tranquilo se detuvo, sacó una bandola de debajo de la capa y se puso á cantar la cancion de Meli.

Occhiuzzi neri

Al terminar la estrofa, la celosía del primer piso se levantó suavemente y Gabriello vió aparecer la linda cabeza de Gelsomina con su corona de jazmines y siempre-vivas. El jóven subió al punto sobre un guardacanton y la cogió una mano que besó, mas á esto se limitó todo. Despues de dos horas de protestas de amor el mas casto y puro, la celosía volvió á caer. El jóven permaneció aun un instante suplicando; pero la manita volvió á salir sola á través de la ventana, y despues de haber sido besada veinte veces, se retiró

tambien. Vano fué entonces que Gaëtano rogara y suplicara. Gabriello oyó el ruido de la ventana que se cerró. El jóven en vez de estar reconocido á lo que se habia hecho por él, saltó á tierra con un movimiento de despecho. Gabriello pensó que iba á retirarse; bajó, pues, al momento. En efecto, en el momento en que abria la puerta, el jóven volvia la esquina de la calle. Gabriello marchó detrás de él.

Tomó por la calle de Toledo, por donde siguió hasta la plaza de la Marina, luego fué á lo largo del muelle, y entró en una casita situada orilla del mar. Gabriello para reconocerla hizo una cruz en la casa con piedra roja, y volvió tranquilamente á su casa.

Al dia siguiente conocia ya á Gaëtano lo mismo que conocia á Gelsomina. Era un arrogante mozo de veinte y cuatro á veinte y cinco años, de profesion pescador, de un carácter apático y poco sociable, y tan preocupado con el arreglo de su persona, que sus camaradas no le llamaban mas que el presumido.

Desde aquel momento Gabriello adoptó su plan.

Fué á ver á la mas diestra y mas linda niña que podia haber en Palermo: era una catanesa á quien habia seducido un marqués siracusano, el que la abandonó despues de haber vivido cerca de un año con ella. Durante aquel año habia adquirido ciertas maneras de gran señora; era todo lo que necesitaba Gabriello.

Alquiló una pequeña habitacion, pero elegante, en uno de los mas bonitos barrios de la ciudad. Alquiló por un mes los mas lindos muebles que encontró; fué á buscar su catanesa, la condujo á la habitacion, le dió por doncella á una jóven que era querida suya; luego, una vez instalada, la enseñó la leccion. En todo esto empleó ocho dias.

El noveno era domingo; aquel dia habia funcion en una aldea próxima á Palermo llamada Belmonte; Gelsomina fué á aquella fiesta con tres ó cuatro amigas suyas. Gaëtano no habia llegado todavía; pero buscando por todos lados á aquel por quien ella habia ido, los ojos de Gelsomina se fijaron en un barco todo lleno de cintas, y en la popa del que flotaba un pabellon de seda; era la lancha de Gaëtano que atravesaba el golfo, y que iba de Centellamere á la Bagheri. Llegado á la costa, Gaëtano amarró su lancha y saltó á la orilla: llevaba un trage sencillo de pescador, pero su gorro frigio era del mas vivo color de púrpura, su chaqueta de terciopelo estaba bordada como un caftan árabe, su faja de mil colores era de la mas bella seda de Tunez; en fin, su pantalon plegado era de la mas fina tela de Catania. Todas las jóvenes al descubrir al bello pescador, arrojaron un grito de admiracion; Gelsomina sola permaneció muda; pero se sonrojó de orgullo y de placer.

Gaëtano fué todo de Gelsomina; y sin embargo, por mas que pareciese orgulloso de ella como ella lo estaba de él, las miradas del bello jóven no dejaban de estraviarse de la modesta jóven para dirigirse á las nobles damas que habian acudido de las villas inmediatas, por ver aquella fiesta popular en la que se desdeñaban tomar parte. Muchas de entre ellas repararon tambien á Gaëtano, y se le enseñaban con el dedo, con esa naturalidad de las mugeres italianas que se paran delante de un buen mozo, á quien miran como mirarian á un perro bonito ó un buen caballo. Gaëtano respondió á sus miradas con una mirada de desden; pero en aquella mirada de Gaëtano habia por lo menos tanto deseo como orgullo, y se comprendia facilmente que hubiera dado cualquier cosa por ser el amante de una de aquellas altivas bellezas que en apariencia parecia aborrecer.

Gelsomina no veia mas que una cosa, y es que su Gaëtano era el rey de la fiesta, y que la tenian envidia de que fuese amada por el bello pescador; y juzgando el corazon de su amante por el suyo era feliz.

Gaëtano propuso á Gelsomina y á sus amigas llevarlas en la lancha. Las jóvenes aceptaron, y mientras que un hermano menor de Gaëtano, niño de doce años, guiaba el timon, el bello pescador sentado en la proa, tomó su bandola, y en aquella hermosa noche, bajo aquel cielo magnífico, sobre aquella mar azulada, se puso á cantar las mas dulces canciones de Meli, el Anacreonte siciliano.

Así abordaron cerca de la cabaña de Gaëtano; en seguida amarró su lancha. Las jóvenes desembarcaron. El bello pescador acompañó á Gelsomina y dos de sus compañeras que vivian en el mismo barrio que ella, hasta el estremo de la calle que habitaban; luego, llegados allí, las dejó, y Gelsomina entró con una de sus amigas, que, un instante despues, salió acompañada á su vez de la anciana Assunta, nodriza de Gelsomina.

Gabriello se habia colocado en su puesto á la misma hora que la víspera; vió á Gaëtano pasar y volver, detenerse y hacer la señal. Como la víspera, los dos amantes conversaron hasta las dos de la madrugada, y del mismo modo que el dia anterior su conducta fué casta y pura, y sus caricias se limitaron á algunos besos depositados en las manos de Gesolmina.

Gaëtano no dudó ya que se veian así todas las noches; pero tampoco dudó que á pesar de aquel pasatiempo, Gelsomina era digna de representar la diosa de la Honestidad en el corso de Santa Rosalía.

Al dia siguiente, cuando Gaëtano iba á su cita habitual, una muger cubierta con un largo velo negro se le acercó y le deslizó un billete en la mano. Gaëtano quiso preguntarla, pero la tapada puso por encima de su velo el dedo en la boca en señal de silencio, y Gaëta-

no admirado la dejó retirarse sin hacer un movimiento para detenerla,

Gaëtano permaneció un momento inmóvil en el sitio en que estaba, dirigiendo sus ojos del billete á la tapada y de esta al billete; luego, aproximándose vivamente á una Madona, delante de la que ardia una lámpara, leyó ó mas bien devoró las pocas líneas que el papel contenia. Era una declaracion de amor que no tenia mas firma que estas palabras, cuyo efecto por lo demas, fué mágico para Gaëtano: *Una de las mas principales damas de Sicilia.*

Ademas se le decia que si estaba dispuesto á corresponder á aquel amor, encontraria al dia siguiente, á la misma hora y en el mismo sitio, la misma tapada que le conduciria cerca de la desconocida á quien la violencia de su pasion obligaba á dar aquel estraño paso cerca de él.

A aquella lectura, el rostro de Gaëtano se iluminó con una orgullosa alegria, levantó la cabeza, la meneó, y respiró como un hombre que llega de repente, y en el momento que menos lo esperaba, al fin, que hacia largo tiempo se habia propuesto; luego, aunque habia pasado la media noche, permaneció todavía un instante pensativo, de pie y con los brazos cruzados delante de la Madona, leyó segunda vez el billete, le guardó en el bolsillo del pecho de su marinera, y tomó la calle que conducia á casa de Gelsomina.

Aunque no habia sonado ninguna señal, la pobre niña estaba en su ventana; era la primera vez, desde que Gaëtano la habia dicho que la amaba, que Gaëtano se hacia esperar.

Al fin apareció, no ya tierno y diligente como de costumbre, sino contrariado, inquieto, preocupado. Varias veces Gelsomina apercibiéndose de su preocupacion le preguntó qué pensamiento le atormentaba. Gaëtano dijo que estaba indispuesto, padeciendo, y que si al dia siguiente no se sentia mejor era posible que no fuese.

A la vista de aquel temor Gelsomina olvidó todo lo demas; preciso era en efecto que Gaëtano estuviese muy enfermo para no tener la fuerza necesaria para ir á ver á su Gelsomina, á quien hacia un año iba á ver diciéndola él mismo que acaso, como la salud era en él inalterable, consistiria en eso que exagerase los dolores que esperimentaba, y que en todo caso haria imposibles por ir á la hora acostumbrada.

Los jóvenes se separaron; por la primera vez Gelsomina cerró su ventana con una opresion de corazon desconocida para ella hasta entonces. Gaëtano al contrario, á medida que se alejaba de Gelsomina se sentia mejor y respiraba mas libremente. Mal acostumbrado todavía á fingir, su disimulo le ahogaba.

Al dia siguiente, á la misma hora y en el mismo sitio, Gaëtano encontró la misma muger; al verla toda la sangre refluyó hácia su corazon, creyó que iba á morir. La muger se aproximó á él.

—¡Y bien! le dijo, ¿estas decidido?

—¿Tu señora es jóven? preguntó Gaëtano.

—Veinte y dos años.

—¿Es bella?

—Como un ángel.

Hubo un momento de silencio durante el que el bueno y el mal genio de Gaëtano se entregaron en su interior á un combate terrible: en fin el mal génio venció.

—Te sigo, dijo Gaëtano.

Al punto la tapada echó á andar y Gaëtano la siguió.

La guia de Gaëtano tomó por la calle Maqueda que recorrió en sus tres cuartas partes de longitud; luego se detuvo delante de un delicioso palazzino, sacó una llave de su bolsillo, abrió una puerta que daba á una escalera de la que se habian apagado, á prevencion, todas las luces, y dijo á Gaëtano que la siguiese: levantándose la cola de su manto, subió con él una veintena de escalones, le introdujo en una antecámara débilmente iluminada, y atravesó un rico salon: luego, abriendo una puerta que dejó llegar hasta el bello pescador esa atmósfera tibia y perfumada que se escapa del retrete de una muger linda,

—Señora, dijo, es él.

—¡Oh! ¡Dios mio, Teresita, respondió una voz dulce, cuyo acento estaba lleno de temor, jamás me atreveré á verle!

—¿Y eso por qué, señora? dijo Teresita entrando y dejando la puerta abierta para que Gaëtano pudiese ver á su señora medio reclinada sobre un sofá y en el mas delicioso deshabillé que se puede ver; ¿por qué?

—¡Porque no me amará!

—¡No amaros, señora! esclamó Gaëtano precipitándose en la habitacion; ¡no amaros! ¿Acaso lo creeis vos misma, y no creeis que sea imposible cuando se os ha visto una vez? ¡Oh, no temais, no temais nada, señora! ¡Soy vuestro en cuerpo y alma!

Y Gaëtano cayó á los pies de la jóven, que ocultó su cabeza en sus manos como un último movimiento de pudor.

Teresita salió y los dejó juntos.

Gelsomina esperó hasta las cuatro de la madrugada, pero inútilmente. Gaëtano no se presentó.

Al dia siguiente fué un triste dia para la pobre niña; era su primer dolor de amor. La pareció que el sol jamás se pondria; por fin llegó la tarde, la noche llegó, las horas pasaron, pesadas y eternas, mas al cabo pasaron. Dieron las doce de la noche.

La pobre niña no se atrevia á abrir su ventana; en fin, la señal se oyó, y entonces se lanzó contra la celosía y pasó á la vez sus dos manos para buscar las de Gaëtano. Este estaba en su puesto pero frio y contrariado conoció que se hacia traicion, y quiso volverla á hablar aquel lenguaje de amor á que él la habia acostumbrado; pero faltaba á su voz aquel acento de conviccion que subyuga, faltaba á sus palabras ese ardor del alma que atrae. Gelsomina conoció instintivamente que la amenazaba alguna gran desgracia y no respondió sino llorando. A la vista de aquellas lágrimas que resbalaban desde el rostro de Gelsomina hasta el suyo, Gaëtano volvió á sentir por un instante su antiguo amor. Gelsomina, engañada, volvió á entregarse á él. Entonces ella fué quien pidió perdon á Gaëtano, acusándose de ser exigente, viva y celosa. Gaëtano se estremeció al oir aquella última palabra pronunciada por la primera vez entre ellos; porque conocia que no podria engañar largo tiempo á Gelsomina, acostumbrada como estaba á verle todas las noches.

Entonces él provocó una disputa.

—Os quejais de mí, la dijo, Gelsomina, cuando es á mi á quien corresponde quejarse de vos.

—¡A vos..., á vos quejaros de mi! esclamó la jóven; ¿que os he hecho yo?

—No me amais.

—¡No os amo! ¡decís que no os amo! ¡Dios mio! ¡dice que no le amo!

Y la jóven levantó sus bellos ojos humedecidos con sus lágrimas hácia el cielo, como para tomarle por testigo de que si alguna vez se habia lanzado una injusta acusacion, era aquella.

—A lo menos, replicó Gaëtano embarazado para sostener él mismo una asercion cuya falsedad reconocia en el fondo de su corazon; á lo menos no me amais como yo quisiera que me amáseis.

—¿Y cómo podria yo amaros mas de lo que os quiero? preguntó la jóven.

—¿Es amar verdaderamente, dijo Gaëtano, rehusar algo al hombre á quien se ama?

—¿Qué os he rehusado yo nunca? dijo sencillamente Gelsomina.

—Todo, dijo Gaëtano, porque rehusar todo es no conceder sino á medias.

Gelsomina se ruborizó, porque comprendió lo que la exigia su amante.

Luego, pasado un momento de silencio, reflexivo por parte de la jóven, impaciente por la del jóven:

—Escuchad, Gaëtano, le dijo. Sabeis lo que ha sido convenido entre mi padre y vos. Me da 1,000 ducados de dote, y ha exigido de vos que lleváseis una suma semejante; le habeis dicho que dos años bastarian para reunirla, y habeis aceptado la condicion que os ha puesto de esperar dos años. Yo por mi parte, ya lo veis, Gaëtano, he hecho lo que he podido por haceros el tiempo menos largo. Ved un año que nos hemos amado, y sin embargo, para mí á lo menos, este año ha pasado como un dia. ¡Pues bien! si temeis la lentitud del año que nos queda que pasar, si, como lo decís, creeis que cuando una jóven ha dado su corazon todavía la queda algo que conceder, ¡y bien! prevenid al sacerdote de Santa Rosalía, venid por mí mañana á las diez de la noche en vez de á las doce: proveeos de una escala para que pueda bajar de esta ventana, y entonces voy á la iglesia de la santa, el sacerdote nos une secretamente (1), y luego.... la esposa no tendrá ya nada que rehusar á su marido.

Gaëtano habia escuchado esta proposicion en silencio y palideciendo; al fin, viendo que Gesolmina esperaba con ansiedad su respuesta:

—¡Mañana, dijo, mañana! Mañana no puedo, es imposible.

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Me he ajustado con dos ingleses para llevarlos á las islas: eso es lo que me tiene triste. Me veo obligado á abandonarte por siete ú ocho dias, Gelsomina.

—¡Tú abandonarme por siete ú ocho dias! esclamó ésta cogiéndole la mano como para detenerle.

—Me han ofrecido cuarenta ducados por este viage, y tenia tal deseo de reunir la suma que exige tu padre, que he aceptado.

—¿Es verdad lo que me dices? preguntó la jóven dudando por la primera vez de las palabras de su amante.

—¡Te lo juro, Gelsomina! ¡Y bien! á mi vuelta veremos de hacer lo que me pides.

—¡Lo que te pido! esclamó la jóven admirada; ¡gran Dios! ¿Soy yo quien te ruega? ¿Soy yo quien te da prisa? Dices que pido cuando creo conceder.... ¿Acaso no nos comprendemos ya, Gaëtano?

—Si tal, Gelsomina; solo que tú desconfias de mi palabra, y no quieres conceder nada sino á tu marido. ¡Pues bien! sea; á mi vuelta haré lo que exiges.

—¡Lo que exijo! ¡Oh, Dios mio, Dios mio! esclamó Gelsomina; ¿qué es lo que ha pasado, pues, entre nuestros corazones?

En seguida, habiendo dado las dos, alargó su mano á Gaëtano, esperando que todavía la detendria. Pero Gaëtano, culpable para con Gelsomina, se hallaba incómodo frente á ella, y besando la mano de la jóven, saltó á tierra diciéndola:

—Hasta dentro de ocho dias, Gelsomina.

—Hasta dentro de ocho dias, murmuró la jóven dejando caer la celosia con un profundo suspiro, y viendo á Gaëtano alejarse.

Dos veces Gaëtano, arrepintiéndose sin duda, en el fondo de su corazon, se detuvo para volver á dar un adios mas tierno á Gelsomina; dos veces la jóven, con aquella esperanza, llevó vivamente la mano á la celosía, enteramente dispuesta al perdon. Pero esta vez, como la primera, el mal genio de Gaëtano le venció, continuó alejándose de Gelsomina, y desapareció al fin tras el ángulo de la calle.

(1) En Sicilia, y aun en el resto de Italia, donde no hay actos civiles, los matrimonios celebrados así, aun sin el consentimiento de los padres, son completamente válidos.